



EL REGRESO (UN CUENTO RUSO)

POR IRINA FELDMAN

La sala de llegadas estaba definitivamente vacía. “¿Dónde se ha perdido este viejo?”—se dijo.—“... ni me acuerdo de su teléfono... ¿Qué le voy a decir? ¿Cómo lo voy a llamar? ¿Alex? ¿Padre? Porque el “papá” se me oxidó ya hace años...”

“Ey, Olga”—escuchó. Se dio la vuelta, y allí estaba, detrás de la puerta giratoria, su sombrero de cowboy en la mano. Olga salió afuera, y el frío veraniego la agarró por sorpresa. Al lado del viejo y conocido LADA, Alex le sonreía como desde una foto. “Tiene canas”, registró Olga. Al intercambiar unos “privet” cotidianos, se metieron al auto y partieron rumbo a la ciudad.

La carretera a San Petersburgo seguía igual, sólo que ahora lucía unos carteles, donde los champúes eran del mismo tamaño que los Mercedes. Más allá del descampado, todo el horizonte era un mosaico de cajas, infinitos barrios de los años sesenta. Ella miraba este geométrico horizonte, intentando parecer inmutable y cool. Alex la observaba de reojo: los mismos jeans negros, corta cabellera de chico, botas sucias...

--Oye, así se visten las novias de los skinheads, sabes...

--Bueno,—Olga volvió a mirar los edificios grises.--Me acuerdo que aquí es de buen gusto decir que son feos estos edificios en que todos vivimos. Digo, en que Uds. viven.--Vagamente señaló a la ventana.

--Es que son feos.

--Después del Midwest la perspectiva cambia.

--Y aquéllo, ¿cómo será?... si ahora te parecen bonitas las “cajas”...

--¿Has visto “Duel” de Spielberg? Pues, así es.

--¡Claro que la he visto! Más bien, es bonito: la carretera perfecta, naturaleza...

--...Depósitos de cereales, campos, campos, maíz, maíz...

--Todo es mejor que la arquitectura estalinista.

--Bueno, OK.

--Sabes, tengo una botella, bien helada...—Alex le hace un guiño, sus ojos de azul aguado como esta lluvia gris que empieza a caer, collar con un tremendo diente de cocodrilo en el pecho, y, claro, el sombrero de cowboy que se trajo de Vienna.

--¿Botella? Oh, yes!—Olga, entusiasmada, se frota nerviosamente las manos.

--¿Y tu mujer? Seguro que piensa que nos vamos a hacer mierda, como en la última visita...

--Está en la dacha, no pasa nada,—asegura Alex. La llovizna se espesa, pero Olga entrevió cuatro enormes cuervos grises paseando al lado de la carretera.

--Cuervos... Allí, los cuervos son chicos. Raro, porque todos los demás bichos son mucho más grandes. Cucarachas, por ejemplo... ¿Qué vodka es?

--El Doctor Blanco.

--¿Qué carajo es eso?

--Ya, ¡eres americana de verdad! ¡Qué vergüenza! ¡Miren, ya no conoce el mejor vodka nacional!—Alex, burlón, se dirige a un público invisible, gira de repente y, atrás, un camión-cisterna pita fuerte. Olga siente que el diente de

cocodrilo se le hunde en el estómago, y dice, vengativa, aparentando calma: "Y, ¿qué te crees tú? No vivo aquí, ¿no te das cuenta? ¿qué, después de mitad de la vida en otro continente, voy a saber tus folklorismos locales... Quién me mandó a las planicies americanas, ¿eh?"

--Bueno, bueno...—Alex, incómodo, recuerda a la quinceañera de cara patética e incrédula, a quien despidió en el aeropuerto Pulkovo hace diez años.—Disculpa, pues, al viejo. Mira, llevo tu diente, digo, no el tuyo, sino el que me mandaste.

--Es de lagarto. En Guayaramerín estos bichos se llaman lagartos.—Olga todavía refunfuña de rabia, pero piensa que este viejo, maldito sea, sabe qué decirle para que se le pase el enojo. Salen de la carretera, y siguen por una maltrecha calle de barrio, entre carritos de cerveza, kioscos de flores, borrachos, y chicos fumando en la esquina.

--También tengo las mariposas, la azul, la verde...—continúa la conversa Alex. —Pero ya estamos.

Subieron las escaleras oscuras, con graffiti, olor a orina, y quejidos de gato. "El mes pasado olía aquí muy mal—cuenta Alex—vinieron a revisar y resulta que en el sótano se murió un indigente..." El departamento de Alex no había cambiado nada. Las paredes están llenas de fetiches variados: los encajes de menorah que hizo su mujer (somos bien judíos, de hecho), un jeroglífico chino (está de moda), la foto de su hija pequeña (ya está en el octavo grado, ¿sabes?), dos mariposas amazónicas (ves, aquí están), un cuchillo (me lo trajeron de Australia, va bien con mi sombrero, ¿no crees?)...

--Oye, ¿y por qué el sombrero?—se aventura Olga.—Allí, en tu América, los lleva el presidente idiota o los trabajadores ilegales del Sur...

--A mí, pues, me gusta,—ahora se ofende Alex.—Y a ti ¿qué te importa?

--Nada, nada... Te queda bien, no quise decir nada. En serio, te queda bien.

La cabeza canosa de Alex, las mariposas en la pared, el triste, inadecuado sombrero de cowboy, y la actitud de sexy beast que adoptaba Alex al ponérselo le dieron tanta pena a Olga, que se apresuró a prender la radio en la estación Euro Disco. Con la radio a todo volumen, se sirvieron los vasitos, y brindaron: "¡Por el encuentro! ..." Caía la noche tropical, o más bien la noche blanca de luz transparente e innatural, noche de sol pálido y enfermizo. Después del octavo brindis, Alex fue al grano.

--Voy al grano,—dijo. ¿Por qué Bolivia? ¿Tenías ya documentos, diploma, a tu madre en América! ¿Cómo lo dejaste todo? ¿Y... no podías haberte enamorado de alguien civilizado? ¿Un francés, por último? Un europeo...como nosotros...

Los tornillos pesadamente daban vueltas en la cabeza de Olga. Con furia contenida, "Mira,"—le dijo.—"¿Qué América? Nunca viniste, no viste como es. Allí, verdad, hay de todo: inglés, plata, a veces, trabajo, y hasta la libertad es una estatua ... Y ¡no lo aguanto! ¿Te puedes imaginar eso? Y, sabes, he estado al otro lado del charco por demasiado rato para andar con un europeo. A los que conozco, me dan ganas sacudirlos fuerte y decir—"no todo el mundo vive como tú, huevón!"... ¿"europeo como ustedes"? Los europeos que no pueden ir a Bolivia vienen aquí a buscar lo exótico close to home. Por eso me fui a Santa Cruz, por el parentesco en lo exótico...¡europeos!" Y Alex, herido su amor a la patria: "Y ¿qué eres, entonces? ¿gringa, rusa, o qué?" Olga no le responde, y él se da cuenta de que su hija está babeando, dormida, con los ojos entreabiertos.

Alex la despertó con un empujón: "Oye, deja de dormir la mona, vamos a pasear. Te quiero mostrar una cosa. Te acuerdas, en el zoológico, hay tu preferido buhito enano, y... vas a ver!" Olga abrió los ojos, sintiendo que una bomba se le estallaba detrás de los párpados, murmuró el "nunca más" de siempre. Quejándose del dolor de cabeza, salieron los dos al frío de la mañana.

En el zoo, Alex, orgulloso, la lleva a una enorme jaula. Tres cóndores espléndidos, posados en un árbol pelado, erguidos, están secándose las alas al escaso sol peterburguense. "Para que veas, no hay nada allí que no tengamos aquí,"—dice la mirada triunfante de Alex. "By the way, escuché tu pregunta de anoche...y, pues, te cuento..."—Olga parece darles charla a los pajarracos, mirando a Alex como desde lejos.—"Aquí, ¿cierto?, no sé cuál es el mejor vodka, y además paso demasiado frío. Luego, los gringos no me entienden cuando hablo inglés. ¿Soy americana?... in a way...es que lo que realmente soy..."—una pausa burlona para aumentar el suspenso.—"¡Soy una flor tropical!"

--¡Vaya!—Alex se ríe de buena gana.--¿Y algo más original no se te había ocurrido? Bueno, Cactus Florido, ¿a tomar cerveza boreal, o qué?

Los cóndores, ocupados en sus cosas condoriles, no dijeron nada cuando el Cowboy de las Nieves y la Flor Tropical se despidieron de ellos.

Irina Feldman nació en Leningrado, Unión Soviética. En plena Perestroika emigró a los Estados Unidos, donde completó sus estudios secundarios. Actualmente realiza estudios de Doctorado en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Georgetown.